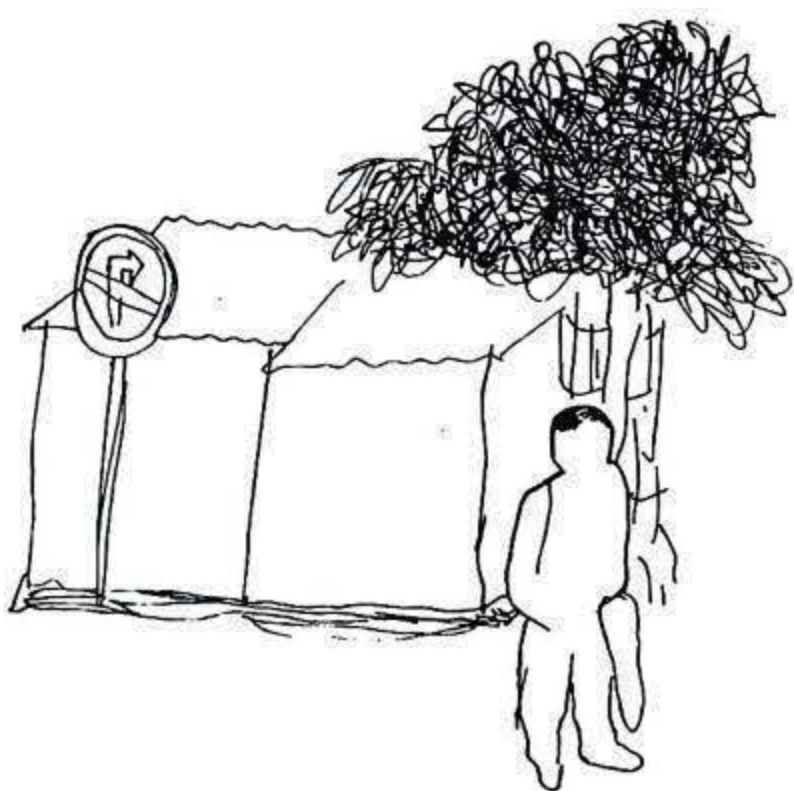


o dice babosadas como que Platón en *El Simposio* “reunió al máximo” sexo más conocimiento (pág. 162), cuando hubiera podido consultar —¡en castellano!— la clásica obra de Werner Jaeger *Paidea* (la traducción en 1942) y saber que ninguna lectura hermenéutica permite concluir semejante exabrupto. También anuncia con pomposos títulos temas que nunca desarrolla o lo hace de forma deficiente: De la ciencia a la política (pág. 91), La metafísica de Platón (pág. 193), El problema de la educación (pág. 242), y en otros casos, por evadir la bibliografía especializada, explica con tonos “meta-intelectuales” lo obvio, como cuando habla sobre la relación entre la filosofía y la política, pasando por alto el libro de Danilo Cruz Vélez, *El mito del rey filósofo* (1989), que estudia los casos de Platón, Marx y Heidegger, y que el editor-discípulo debió considerar al ordenar las conferencias del maestro.



Sólo es posible pensar en Estanislao Zuleta como un vulgarizador de contenidos en medio de un ambiente académico atrasado, burocratizado, notablemente simulador, que no ha alcanzado la “normalidad filosófica” (Francisco Romero). Es importante cuestionarse por qué la universidad politizada de los 60 y 70, y una parte de la elite intelectual de izquierda que después se derechizó durante los gobiernos de Betancur a Gaviria, ascendió a Zuleta al pináculo de superprofesor y docente oral sabio, según lo llama William Ospina (cf. *Un álgebra embrujada*, Editorial Norma, 1996, pág. 111). Se dirá que ese problema de la normalidad filosófica está en trance de supe-

rarse y se citarán los casos ejemplificantes de Cayetano Betancur, Rafael Carrillo, Rafael Gutiérrez Girardot, Danilo Cruz Vélez, Rubén Jaramillo, Carlos Másmela, por citar algunos. Pero no es cierto. Con profesores de filosofía a destajo, a cinco mil pesos-hora, no hay que esperar mucho. O tal vez sí: lacanismo-roldanismo, abellismo-empirismo, dexubirismo-leninismo, etc. Es decir, una universidad pública destruida en beneficio del fortalecimiento de la privada, incapaz de producir pensamiento, conceptos, según las reglas internacionales de trabajo en seminario, investigación, publicaciones, etc.

Es probable —como lo sugieren sus discípulos Fabio Giraldo, Jaime Galarza, Fabio Jurado, Jaime Mejía Duque, William Ospina y en los últimos tiempos María Mercedes Carranza, quien lo declaró “intelectual de verdad” (cf. *Semana*, núm. 745, agosto de 1996)— que a Estanislao Zuleta lo alimentaran altos ideales democráticos de divulgación del conocimiento —tal vez ello explique su voracidad autodidacta y el interés en abordar múltiples temas de la filosofía, la economía, la literatura, el derecho, etc., etc.—, pero estos ideales de ninguna manera justifican la acientífica manera de Zuleta de enfrentar el conocimiento, sus ínfulas de intelectual “renacentista”, sus conclusiones cantinflascas, su método educativo recargado en intuiciones azarosas y el yoísmo petulante que le impidió conocer las obras filosóficas en su lengua original, discutir con la bibliografía primaria y secundaria especializada, y producir una obra —escrita, por favor— de algún valor posterior.

Un trabajo sobre la sociología de los intelectuales colombianos del siglo XX —que, por supuesto, debe incluir un capítulo sobre Zuleta— debería reparar, por decirlo orteguianamente, en la “circunstancia” que lo definió, en la influencia que tuvo en la formación de una generación universitaria de científicos sociales, abogados y literatos, en su vanidoso interés de pasar por alto la “normalidad filosófica” (Romero) y en la persistente —delirante, diría yo— prolongación de su imperio magisterial.

CARLOS SÁNCHEZ LOZANO

## Florescencia, cosecha, semillas y siembra

### Las cuatro estaciones

Mitología y estructura social entre los u'wa  
Ann Osborn

(traducción de Fabricio Cabrera Micolta)  
Banco de la República, Museo del Oro,  
Santafé de Bogotá, 1995, 269 págs., illus.

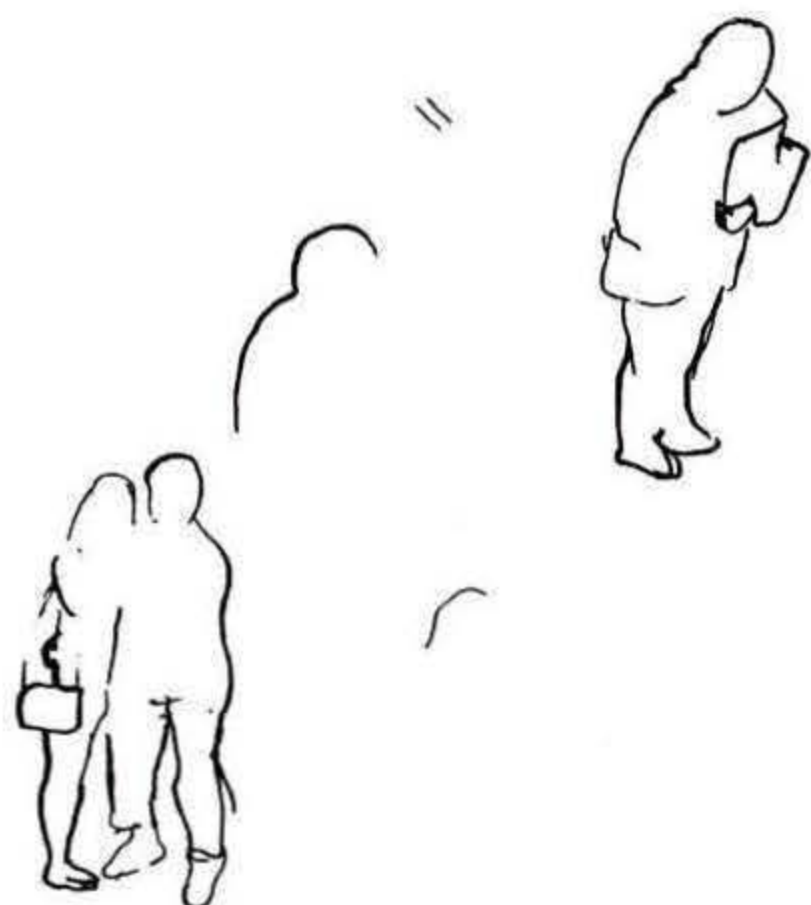
El libro *Las cuatro estaciones* es el producto de una paciente investigación etnográfica iniciada en 1964 por la antropóloga inglesa Ann Osborn (1933-1988) en la comunidad u'wa, grupo indígena comúnmente conocido como los tunebos, perteneciente a la macrofamilia lingüística chibcha, que habitan las zonas aledañas a la Sierra Nevada del Cocuy, entre los 450 y los 2.000 m sobre el nivel del mar, en climas que van de húmedo tropical a subtropical lluvioso, en el departamento de Boyacá.



El trabajo comprende unos iniciales y ligeros contactos, en 1970-1971, de Osborn con uno de los seis clanes, el de los kaibakay, que conforman la estructura social de los u'wa, así como una vivencia mucho más profunda, entre 1971 y 1974, con el clan kubaruwa, que le permitió, tras un largo proceso de reflexión y análisis, comprender,



hasta donde le fue posible, su mitología y estructura social. El resultado inicial fue la tesis doctoral de Osborn en 1982 para la Universidad de Oxford, estructura que se mantuvo al ser convertida en libro y traducida al castellano.



*Las cuatro estaciones* es un libro ilustrativo de las muchas veces difíciles relaciones investigativas y cotidianas que el antropólogo entabla no sólo con su objeto de estudio sino con los necesarios informantes y con el medio ambiente circundante, los cuales, en un proceso de investigación como el emprendido por Osborn, son de gran importancia. Todo ello presentado con gran sencillez, pues desde que la antropóloga comenzó su acercamiento a los u'wa les manifestó reiteradamente su interés por aprender cómo vivían y pensaban, actitud difícil, pues eran conscientes, los u'wa y Osborn, que ella no tenía el marco de referencia apropiado de una infancia u'wa.

Varias circunstancias confluyeron para que la pesquisa y posterior reflexión de Ann Osborn fueran exitosas: unos adecuados fondos financieros, una permanente disposición para el trabajo, una innata habilidad para aprender lo para ella desconocido, posición esta última que desde un principio desconcertó a los estudiosos miembros del clan de los kubaruwa y muy especialmente a sus chamanes o bita wedhaiya, que son unos destacados maestros pero a los que hay que mostrarles aptitudes para entender. Además, los u'wa pasaban por un período de renovación y permanentemente estaba en discusión los perniciosos y abusivos efectos, mayores o menores, de la cultura de los blancos sobre sus instituciones, parentesco, propiedad de la tierra, etc., pues de ser una sociedad matriloca ha pasado a ser, muchas veces artificialmente, patrilocal. Así mismo, la investigadora respetó las condiciones que le fueron impuestas y poco a poco se granjeó la confianza y respeto del grupo; sin embargo, continuamente se la trató de manipular, pero la pericia, la continua consulta del diario de campo, así como el conocimiento de la lengua u'wa, hicieron que esa actitud fuera minimizada al máximo.

El libro es, entonces, un importante ejemplo del compromiso ético y moral que un investigador puede llegar a tener con un grupo de estudio y muestra cómo, a base de tesón, el antropólogo puede lograr un acercamiento aproximado, nunca total, de sus estudiados, pues sólo así logra romper las naturales prevenciones, temores y autocensuras que el investigado levanta ante el investigador.

Como muchos de los libros de su género, *Las cuatro estaciones* narra la permanente lucha de los u'wa para mantenerse como grupo indígena ante las continuas arremetidas, claramente identificadas y determinadas con momentos importantes dentro de la historia nacional, de los colonos blancos, los curas católicos, los misioneros protestantes del Instituto Lingüístico de Verano por aculturarlos, arrebatarles sus territorios, etc. Proceso en el cual algunas de las instituciones de los indígenas han sido modificadas.



Es, por tanto, el libro de Ann Osborn un gran aporte a la convivencia y al entendimiento de los colombianos, pues

le enseña a la "sociedad mayor", llámese corona, iglesia, Estado colombiano o compañía petrolera, que para los u'wa la posesión de la tierra es muy importante, puesto que a partir de la relación con ella es que el grupo se ha organizado socialmente y la que les da la suficiente "fuerza" para, si es el caso, negociar con los blancos con el fin de conseguir los títulos legales que el Estado colombiano entrega. Subrayando que los u'wa no sólo son hostiles hacia el blanco, con otros grupos indígenas, como los guahíbos, también muestran tal comportamiento, resentimiento que es compartido.

En realidad, la relación con la tierra es determinante, pues en el curso del año los u'wa cambian de lugar de residencia varias veces, de las tierras bajas al pie de monte y a la zona de montaña, sucesión en la que practican una agricultura similar (cultivo de yuca y maíz), cazan, pescan, recolectan miel y cera y mantienen como mínimo una casa de habitación. Manejo del medio que ha permitido una relativa estabilidad entre el hombre y su entorno natural. Para demostrarlo, Osborn hizo una detallada presentación de cada una de estas zonas, en la que mostró la relación existente entre el medio geográfico y el grupo, las pautas de asentamiento, etc. Es así como el pie de monte está asociado con la "vida del bosque", mientras que la zona de montaña lo está con la "vida del pueblo", con la ceremonia del Aya y con la sucesión de maíz vinculadas a esta celebración.

La base documental del libro son cuatro mitos cantados, íntimamente relacionados con las actividades agrícolas: florecencia, cosecha, semillas y siembra, como con las celebraciones estacionales, húmedas y secas, a ellas vinculadas. Con lo que logró mostrar una parte importante de la cosmología y de los rituales del grupo de los u'wa, el cual está condenado a desaparecer por suicidio colectivo, pues la "sociedad mayor" no lo comprende y acepta. Es ahí donde radica el mayor aporte del libro, ya que en él quedó plasmada y explicada la oposición arriba-abajo asociada a la geografía y a la topografía por una parte, y a la cosmología por otra, característica de los u'wa, que de no ser comprendida y asimilada por los



blancos puede llevar a la desaparición física de esta etnia sobreviviente a la irracionalidad occidental y capitalista.

JOSÉ EDUARDO RUEDA ENCISO

## La vorágine

**Los pobladores de la selva.  
Historia de la colonización del  
nordoccidente de la Amazonia  
colombiana**

*Bernardo Tovar Zambrano*

(director del proyecto)

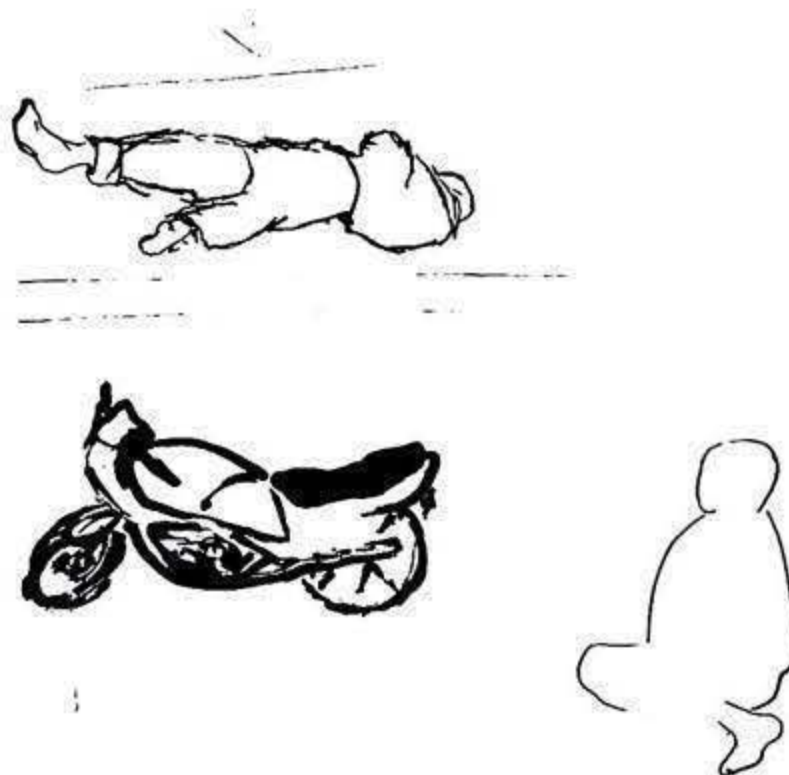
Programa de Historia Local y Regional,  
Instituto Colombiano de Antropología,  
Instituto Colombiano de Cultura, P. N. R.,  
Universidad de la Amazonia, Editora  
Guadalupe, Santafé de Bogotá, 1995,  
2 vols.

La colonización del noroeste de la Amazonia colombiana es un proceso muy reciente, que arranca de principios del siglo XX, pocos años después del hito marcado con la fundación de Florencia, en 1902, y la conversión de la trocha de Guadalupe en un camino de herradura que permitió el intercambio económico permanente entre el Huila (Tolima Grande) y el Caquetá.

Los siglos anteriores no fueron de creación; entre el XVI y el XIX reinó la destrucción. Los cazadores de esclavos, los quineros y los caucheros diezmaron la población indígena en todo el territorio. Aun el heroico sacrificio de los misioneros jesuitas y franciscanos al crear pueblos indígenas fue un error colosal, debido al contagio de enfermedades que arrasaban esas poblaciones al poco tiempo de haber sido fundadas. Por todo eso, la colonización del siglo XX debió repoblar un territorio en donde el habitante aborigen había sido reducido a su mínima expresión.

Reconstruir esa historia de la colonización no es tarea fácil. Los documentos son pobres e inexactos, habiendo sido escritos, en su mayoría, por funcionarios semianalfabetos que tenían una visión muy estrecha del mundo que estaban construyendo. Por eso, las fuentes más utilizadas han sido los infor-

mes misionales, especialmente los extensos escritos de los capuchinos catalanes, que, aunque exaltan demasiado sus propios esfuerzos, son un testimonio dejado por los más conscientes artífices de la fundación de pueblos, construcción de caminos y creación de una cultura nueva sobre las cenizas de muchas otras.



La escasez de fuentes escritas forzó a los diez investigadores que intervienen en los dos tomos de *Pobladores de la selva* a la procura de fuentes orales. Son centenares de entrevistas realizadas a las fuentes vivas de la historia regional, algunos de ellos nacidos en el primer cuarto del presente siglo. En esos recuerdos sangran las heridas dejadas por veinte lustros de violencia que aún continúa. Esos colonos han sido espectadores y víctimas de la violencia partidista, las tomas guerrilleras, los contragolpes militares y paramilitares, la guerra sucia, la narcoviolencia, el desalojo latifundista y mil violencias más. Esas vidas han sufrido una verdadera historia de la infamia; sin embargo, mantienen la esperanza en la paz y en la venida de tiempos mejores. Es una deuda que Colombia debe pagar, tarde o temprano.

No obstante lo valioso de los escritos que aparecen en los dos tomos, la obra es desorganizada y con grandes altibajos. Resulta obvio que no se trata de un estudio preparado y realizado sistemáticamente, subregión por subregión. Las diferencias de enfoque y método indican estudios realizados en épocas diversas y con objetivos diferentes, que luego se reorganizan intentando cubrir un espacio. Eso explica,

en algunos de los escritos, las referencias a hechos acaecidos hace ocho o diez años como si fuesen actuales o muchas lagunas sobre fundaciones actuales que son de gran importancia para comprender la dinámica regional. Podríamos decir que hay un sacrificio metodológico en aras de poder utilizar, en una misma obra, la gran experiencia de todos los participantes.

El mismo concepto de Amazonia noroccidental resulta ambiguo; hay algo que sobra y mucho que falta. Podríamos preguntarnos, por ejemplo: ¿hasta qué punto el alto Ariari y las sabanas del San Juan son amazónicas? Al contrario, si en el estudio se incluyó un valioso trabajo sobre la baja bota caucana, realizado por el profesor Roberto Ramírez, ¿por qué no se realizaron también estudios sobre el departamento del Putumayo? La historia del Caquetá sin entender la historia del Putumayo siempre estará incompleta, porque desde Mocoa y Sibundoy irradiaron las fuerzas económicas y religiosas que dieron los primeros impulsos al ordenamiento territorial del Caquetá.

Haciendo un balance general del libro, podemos decir que resulta una obra fundamental para la historiografía amazónica, que debe ser consultada sin falta por todo aquel que pretenda seguir avanzando en los estudios de la Gran Selva.

CAMILO DOMÍNGUEZ

## Suspendidos entre el cielo y la tierra a salvo de todo mal

**El mundo de los nukak**

*Gustavo G. Politis*

Fondo de Promoción de la Cultura,  
Santafé de Bogotá, 1995, 143 págs.

Los nukaks son indígenas de filiación makú que habitan la Amazonia colombiana en el interfluvio de los ríos Guaviare e Inírida. El territorio que ocupan se caracteriza por ser de clima